

CAPÍTULO VI.— <i>Invasiones de los árabes y fin de la dominación bizantina.</i> —Antecedentes.	275
— Primera invasion por Abd-Aláh-ben-Saad.	291
— Segunda invasion por Moavia-ben-Kho-daj.	296
— Tercera invasion por Okbáh-ben-Nafi. . .	298
— Cuarta invasion por Hassán-ben-Nooman-el-Ghasani.	303
— Guerras con los bereberes y establecimiento final de los árabes.	304
CAPÍTULO VII.— <i>Dominación musulmana hasta fin del siglo XIV.</i> —Reseña general.	311
— Guerra de los bereberes.	326
— Indicación de las primeras guerras de los almoravides.	331
— Guerras de los almohades.	333
— Guerras de Abd-el-Mumen.	337
— Expedición de San Luis á Túnez.	348
— Expedición de franceses y genoveses contra la ciudad de Africa en 1390.	354
CAPÍTULO VIII.— <i>Conclusion.</i> —Ojeada general retrospectiva.	362
— Cotejo de sucesos antiguos y modernos, y anotaciones doctrinales deducidas.	377
— Consideraciones finales, militares y políticas, respecto á las empresas de Africa. .	398
DOCUMENTOS para la inteligencia de la publicación de este libro, por otra persona que su autor.—Carta del General Sandoval al General Marqués de San Roman.	413
— Comunicación á Guerra del General San Roman.	415
— Real orden de Guerra al General San Roman.	417
— Informe de la Junta Superior Consultiva de Guerra.	417
— Comunicación del General San Roman á Guerra sobre la impresión.	419
— Real orden aprobando la impresión y remitiendo los documentos preinsertos con autorización para publicarlos, . . .	420



PRÓLOGO



EL más elocuente Senador romano dijo que era la Historia «Testigo de los tiempos, luz de la verdad y escuela de la vida;» añadiendo: «La razón del hombre, demasiado lenta en su desarrollo, necesita guía seguro y claro que acelere su marcha tardía; y la Historia llena esta importante función tomándole, puede decirse, de la mano desde su primera infancia; le asegura sus pasos y le previene, por consejos, de los extravíos de la debilidad é inexperiencia. Ella, además, recoge y trasmite de edad en edad esa nube de testimonios cuyo concierto arrastra á la convicción, asociándose fácilmente el entendimiento por la influencia de una autoridad que le impone iluminándole.....»

Y universalmente reconocida la exactitud de estos conceptos en la generalidad que abrazan, se evidencia por lo que hace á la guerra más que en ninguna otra materia; siendo por eso recomendada la utilidad de la Historia á los militares desde remota época, y consignándolo así, entre muchos que se podrian citar, Polibio y Tito-Livio, Bosuet y Napoleon I, sin que haya un solo nombre de nota que se oponga á tan sensato consejo; antes al contrario, en el gran desarrollo que hoy han alcanzado los estudios históricos, obsérvase que todos los tratadistas de guerra lo establecen ó repiten de mil modos, afirmando su profunda sabiduría; bien que á veces, en la libre aplicacion de la crítica, incurran en extravíos ó ilusiones que más perjudican que favorecen á la enseñanza.

Por la autoridad y prestigio adquirido para siempre por el Emperador Napoleon I importa recordar aquí la arraigada conviccion que en esto tenía, pues sobre su costumbre de declararlo muy amenudo, lo apuntó así poco antes de morir al Conde de Montholon entre los consejos que dedicaba á su hijo: *Que mon fils lise et médite souvent l'histoire, c'est la seule véritable philosophie; qu'il lise et médite les guerres de grandes Capitaines, c'est le seul moyen d'apprendre la guerre.*—Y por si acaso no bastase la nota testamentaria, se lee tambien en el *Memorial de Santa Elena*: «Los Generales en Jefe» se guían por su propia experiencia ó por su genio: »la táctica, las evoluciones, la ciencia del inge-

»nierò, se pueden aprender en los tratados, como
 »la geometría; pero el conocimiento de las eleva-
 »das partes de la guerra no se adquiere sino por la
 »experiencia y *por el estudio de la historia de las*
 »*guerras y batallas de los grandes Capitanes.* ¿Se
 »aprende acaso con la gramática á componer un
 »canto de la Iliada ó una tragedia de Corneille?»
 En otro lugar repite la misma idea de este modo:
 «Haced la guerra ofensiva como Alejandro, Ani-
 »bal, César, Gustavo Adolfo, Turena, el Príncipe
 »Eugénio y Federico: leed y releed la historia de
 »sus ochenta y ocho campañas, y modelaos por
 »ellos; este es el solo medio de llegar á ser gran
 »Capitan y de sorprender los secretos del arte:
 »ilustrado así el entendimiento, desechareis cuan-
 »tas máximas sean opuestas á las de esos grandes
 »hombres.»

No faltan, sin embargo, quienes creen supér-
 fluo para la ciencia militar moderna, el estudio de
 los principios y aplicaciones que tuvo la antigua;
 y uno de ellos, el Duque de Ragusa, escribe al
 empezar su notable libro *De l'Esprit des Institu-*
tions Militaires, que si bien «los autores antiguos
 »profundizaron las cuestiones militares, carecen
 »de oportunidad sus teorías despues que el des-
 »cubrimiento de la pólvora modificó tan comple-
 »tamente la ciencia de la guerra..... Polibio y Ve-
 »gecio podrán satisfacer nuestra curiosidad, pero
 »no busquemos en sus escritos una instruccion
 »útil y aplicable. Las guerras antiguas no se pa-

»recen á las modernas más que bajo el aspecto
 »moral, esa parte sublime del arte que consiste
 »en el conocimiento del corazon humano, cono-
 »cimiento en todo tiempo importante para guiar
 »los hombres, que en la guerra tiene aun influen-
 »cia más pronta y decisiva..... *La guerra actual*
 »*constituye un arte enteramente nuevo, para el que no*
 »*se encuentra modelo ni enseñanza en las guerras de*
 »*los Griegos y Romanos.*»

Más fundadas y dignas de respeto apreciamos las opiniones de Napoleon que ésta de su teniente el Mariscal Marmont. En primer lugar, se advierte que él mismo reconoce parecido respecto á la parte moral; y en segundo, obsérvase en algunos pasajes de su obra la contradicción manifiesta del aserto que sostiene, pues recomienda la lectura de las campañas de los grandes generales como Anibal y César. Si se hubiera concretado al materialismo de la manera de combatir, al empleo de las tropas en el campo de batalla, á la táctica elemental y á la fortificación, sería cierta su proposición, en términos generales; pero no consistiendo el arte de la guerra únicamente en el modo de dar batallas y en el uso de las armas, sino que (valiéndonos de su propia definición) «es el conjunto
 »de conocimientos necesarios para conducir una
 »masa de hombres armados, organizarla, moverla,
 »hacerla combatir y dar á los elementos que la
 »componen su mayor valor, cuidando al propio
 »tiempo de su conservación,» resultará evidente-

mente, que existiendo ciertos principios esenciales de guerra, reconocidos en todos tiempos, debe haber, y hay en efecto en los antiguos tratados y en los libros que refieren las campañas de famosos Capitanes de época lejana, algo más que recreo y curiosidad, utilísima y verdadera enseñanza, ya bajo el concepto moral, ya en el de las concepciones tácticas y estratégicas, en los reconocimientos, la manutención, la disciplina y la política en los ejércitos: de donde se deduce, que *la guerra actual no es un arte enteramente nuevo, y que pueden encontrarse buenos modelos y enseñanza en las de los Griegos y Romanos.*

Citando á Gustavo Adolfo, nuestro ilustre general Marqués de Santa Cruz del Marcenado, por su afición á la historia de los antiguos conquistadores, dice así en sus *Reflexiones militares*: «Tráigote este dictámen del famosísimo Gustavo, por-»
 «que no me des con la ridícula vulgar opinion de»
 «que las historias antiguas enseñan poco para la»
 «guerra presente, respecto de que son muy diver-»
 «sos los medios de atacar y defender que había»
 «entónces y los que se practican ahora. Al dictá-»
 «men de Gustavo se añade que lo ménos que tie-»
 «ne que saber un General es lo que consiste en el»
 «modo de las armas ó fortificaciones; y lo más»
 «que está á su cargo es la política militar y civil,»
 «á la cual, seguramente, no le pasó la moda.»

Otros muchos escritores españoles han sustentado iguales conceptos, pudiendo indicar entre

ellos á D. Bernardo de Sarriá, que en Noviembre de 1770 presentó á la Real Academia de Geografía é Historia de Caballeros de Valladolid una *Dissertacion sobre lo necesario que es el estudio de la Historia antigua para el moderno método de guerrear.*

Que la guerra marcha con el tiempo, que siempre tuvo y tendrá mucho de desconocida y azarosa, es indudable; pero tambien son una realidad esos principios ó máximas á que antes se aludió, que comprobados rigurosamente en la série de luchas que registran los siglos, sirvieron para establecer sobre ellos como sobre axiomas matemáticos el asiento fundamental de todas las teorías que han levantado el *Arte ó Ciencia* de la guerra (que en esta distincion metafísica no nos toca ni podemos penetrar); pero Ciencia ó Arte, complejo, vastísimo, vago é inseguro, cuya complicada práctica tiene infinitas dificultades para el acierto, porque á pesar del conocimiento de sus inmutables principios y de las reglas que ha ido deduciendo por la experiencia comparativa, el estudio y la meditacion, rara vez se ofrece oportunidad de circunstancias y condiciones para que sean de igual manera aplicadas; naciendo de ahí dudas, vacilaciones y peligros que solo es dado salvar al talento y dotes privilegiadas de los caudillos eminentes ó protegidos por la fortuna.

En sus observaciones á las campañas de César confiesa ingénuamente Napoleon I «que sus principios eran iguales á los de Alejandro y Anibal;

»tener las fuerzas reconcentradas; no ser vulnera-
 »ble por muchos puntos sino en el caso de no po-
 »derlo evitar; acudir con rapidez sobre los impor-
 »tantes y usar con latitud de todos los medios mo-
 »rales, como la reputacion de las armas, el temor
 »que se inspire, las medidas políticas calculadas
 »para conservar la amistad de los aliados y la su-
 »mision de las provincias conquistadas.»—Y un
 sábio tratadista militar, el Baron de Jomini, dice
 en su *Precis del'Art de la Guerre*: «El arte de la
 »guerra existió siempre, y sobre todo la estrategia
 »fué la misma en César que en Napoleon..... Las
 »buenas teorías fundadas en principios, justifica-
 »das por los acontecimientos y *unidas á la historia*
 »*militar razonada*, serán á mi juicio la verdadera
 »escuela de Generales.»

Resulta, por consiguiente, que peca tanto de
 inexacta la proposicion absoluta del Duque de Ra-
 gusa, como de extraviada aberracion la que cuer-
 damente censura del caballero de Folard, de
 Menil-Durand y del Baron de Rogniat, que se
 empeñaron en querer adoptar para los ejércitos
 modernos los órdenes orgánicos y las formaciones
 elementales de los romanos.—Incurriríase en el
 absurdo si se pretendiera que el estudio de la His-
 toria habia de servir para la ciega copia ó imita-
 cion de lo que hicieron los conquistadores y ge-
 nerales de fama; porque no contando con igual
 talento y con una perfecta identidad de situacio-
 nes, es casi seguro recogería cruel desengaño el

que intentase adquirir laureles por las concepciones que á otros se los proporcionaron inmarcesibles: razon por la cual se ha dicho que «con el mismo órden que ganó César la batalla de Farsalia, podrá otro perder una semejante; y por la misma resolucion que hizo perder la de Pavía á Francisco I con su libertad, otro podria ganarla, aun en condiciones más desventajosas» (1).

Es perfectamente aplicable á la guerra el consejo que para la política dá á los Príncipes el profundo pensador Saavedra Fajardo (Empresa 29), cuando dice: «no son ménos los Príncipes que se han perdido por seguir los ejemplos pasados que por no seguillos. Por lo tanto, la política especule lo que aconteciere, para quedar advertida, no para gobernarse por ello exponiéndose á lo dudoso de los accidentes. *Los casos de otros sean advertimientos, no preceptos de ley.*»

Los ejemplos de los grandes maestros y de los sucesos, acreditados por la experiencia y explicados por la razon, establecen reglas de generalidad, abren horizontes, facilitan recursos á un entendimiento claro y dilatan el ánimo con los recuerdos y el estímulo. El hombre dotado de verdadero espíritu militar, el General que cuente entre sus condiciones de mando con carácter é inteligencia para dirigir la guerra, no se atenderá á ninguna servil

(1) *Le Roy de Gomberville: Discours des Vertus et des Vices del'Histoire.*—Paris, 1760.

imitacion; procederá desembarazada y libremente, y si logra ganar un nombre glorioso, lo deberá á ese conjunto de cualidades y á sus propias inspiraciones. Al que carezca de tales dones, al que falte serenidad para apreciar bien las circunstancias, al que arredren las contrariedades ó abrume el peso de la responsabilidad y al que ofuscado por vanidosa confianza desdeñe meditar y prever, excusada será la lectura y la retentiva histórica; lo mismo que al que no acierte á concebir y desarrollar un pensamiento ó no sepa perseverar con fé en sus estudiados planes. Precisamente en esto último consiste uno de los principales secretos que aseguran el éxito; y por eso requieren tan sério cuidado como resolverse á la guerra, el modo de prepararla y constituir la, el plan de campaña que debe seguirse y la energía para llevarlo á cabo. Polibio asienta que «todo lo que se hace en la guerra sin designio no merece el nombre de accion, sino más bien el de azar ó de accidente;» y entre las máximas de Napoleon se encuentra la de que «un general irresoluto que obra sin principios ni plan, aunque esté á la cabeza de un ejército superior en número al del enemigo, se encuentra casi siempre inferior á este sobre el campo de batalla: *el titubear, los mezzo termine, lo pierden todo en la guerra.*»

Para ser inscrito en el catálogo de los grandes capitanes se necesitan los privilegios del talento, del ánimo y de la fortuna; pero conviene no olvi-

dar que ésta, por sí sola, rara vez conducirá á una gloria duradera; al paso que el mérito positivo puede, aun faltándole el auxilio de aquella veleidosa protectora, alcanzar títulos justificados de inmortal merecimiento.

Admitida la conveniencia de los estudios histórico-militares sobre guerras pasadas, no solo para los que tengan que dirigir ó tomar parte en alguna que sobrevenga, sino tambien para los hombres llamados á intervenir en decidirla y en cooperar á su ejecucion desde las esferas del consejo y del gobierno de las Naciones, alcánzase fácilmente con cuánta mayor razon habrá de ser recomendable su aprovechamiento respecto á los que se contraigan á la investigacion de aquellas á que sirvió de teatro el mismo país á donde deban llevarse las armas, ó con el cual se considere posible una contienda, y mucho más cuando existan identidades, analogías en la clase de enemigos, en sus costumbres, organismo y condiciones peculiares. Hé aquí explicado este libro y la justificacion del objeto á que se dirige, que por otra parte su título indica con claridad.

No aspiramos á presentar un verdadero tratado histórico, aunque abreviado, hecho á nuestro gusto, y ménos pretendemos que pase por un curso didáctico; pero fundándose en el primer concepto, *la historia*, propende en cierto modo al segundo, *la enseñanza*, por corolario de los sucesos referidos y por el espíritu doctrinal que de ellos se despren-

de, traducido en máximas, reflexiones ó consejos aplicables á los casos más importantes; legado de autoridades legítimas, fruto de la experiencia de otras edades que debe recoger la moderna.

Dijo el Mariscal de Sajonia en el prólogo de sus *Memorias*, á que llamó Sueños (*Rêveries*), que «Los libros militares que solo dan principios hacen poca fortuna: los que tratan de la guerra históricamente alcanzan mejor suerte, pues son buscados por los curiosos y conservados en las Bibliotecas;» y aunque de seguro no ha de lograr éste gran favor, adoptamos su opinion convencidos de la verdad que encierra, siguiendo el sistema en que mejor nos pareció podían conciliarse la Historia y el Arte de la guerra: hacer relatos que den á conocer las campañas, y reflexiones ó concisos comentarios apropiados al fin de que se deduzca instruccion de los ejemplos y de la bondad de los principios ó de las reglas militares. Y al proceder así, obedecemos igualmente al consejo de otro profesor moderno (*Willisen, Teoría de la gran guerra*) cuando establece que «La historia de la guerra debe instruir sobre todo lo que su nombre designa: debe enseñar la guerra tratando más extensamente aquellos puntos que aclaren la esencia de las grandes verdades del arte, á fin de patentizarlas é inculcarlas en el ánimo de los discípulos.»

En la imposibilidad de historiar todas las guerras de Africa, incluidas las de la época actual, porque sería un inmenso trabajo á que no llegan nues-

tras fuerzas, concrétase el que aquí se ofrece á las principales de que hay noticias algo circunstanciadas hasta fines del siglo xiv, pues adoptado ya en el inmediato el uso de las armas de fuego, empezó una nueva série de acontecimientos que exigirían referirse con más detalles, distinto método y diversa crítica.

Siguiendo por capítulos el órden cronológico, damos los cuadros de aquellas antiguas guerras de mayor celebridad, ó que por la valía de los sucesos y circunstancias merecen estudio y meditacion para proporcionar útiles lecciones y fundar escuela: ligadas unas á otras por rápidas indicaciones históricas, para su mejor comprension y atractivo de la lectura nos valemos en los relatos de las obras más reputadas, trasladando íntegros los párrafos ó trozos que convengan; y las citas que se hacen de los autores ó libros que nos guian, servirán para que á ellos acudan los que desearan conocerlos en extenso.

De esta manera, al traer á la memoria los nombres que se ilustraron en la zona septentrional del vecino continente en el dilatado tiempo de diez y siete siglos, Cartagineses, Romanos, Númidas, Vándalos, Bizantinos, Bereberes, Arabes y Cristianos europeos, llevamos por mira el estudio comparativo de tan variadas guerras en los mismos territorios: buscamos con preferencia las campañas y accidentes en que mejor resalten la habilidad ó el mérito militar; en que se cotejen los resulta-

dos de la prudencia, sagacidad, astucia, valor, instruccion y disciplina, con los producidos por la vana arrogancia, la imprevision ó descuido, la cobardía, la ignorancia y la relajacion; anotamos los episodios que lo merecen por su importancia relativa, y muy particularmente fijamos aquellos rasgos y detalles que conceptuamos *peculiares, característicos y permanentes en las guerras de Africa.*

Contiene, pues, nuestro libro una breve compilacion textual de los autores que transmitieron la historia antigua de Africa; y condensado en pequeño volúmen lo esencial al objeto de toda una biblioteca, proporciona suficiente idea del curso general de los acontecimientos, á la par que bastante noticia de las campañas y algunas de las observaciones críticas á que se prestan, sin perjuicio de otras consideraciones generales que tienen su lugar en el capítulo que sirve de conclusion. Pero repitiendo que no queremos se nos acuse de pretender dar un curso original para las guerras de Africa, nos conviene asimismo justificar la denominacion de *Lecciones* que encabeza el libro, dejando bien sentado que son los historiadores quienes las facilitan, y que de ellos nos amparamos entresacando de sus obras lo selecto ó adecuado; reduciéndose nuestra tarea á escoger los ejemplos y á deducir sencillas aplicaciones de doctrina militar, apoyados siempre en los principios y reglas reconocidas del arte ó en las máximas y consejos de autoridades legítimas.

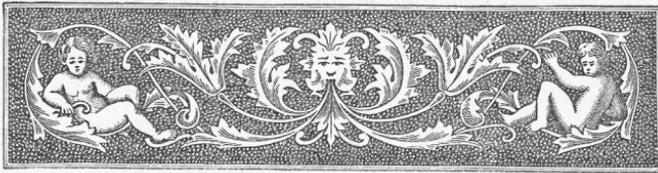
La circunstancia de haber visitado los países donde ocurrieron muchas de las campañas que se refieren, complacidos en consultar la historia sobre el terreno y á vista de las ruinas que lo cubren, así como la de haber tomado parte allí en algunas operaciones de guerra con los franceses y con los españoles, nos estimuló hace años á emprender este trabajo, y constituyen el único título con que hoy se presenta al público. Tenemos la convicción de que nada vale el desempeño, pero sí mucho su objeto; porque conceptuándolo interesante para todas las potencias cuyas costas baña el Mediterráneo, ¿quién desconocerá el superior motivo que lo recomienda para España, á causa de la proximidad de Marruecos y de los antecedentes de la Historia nacional en sus relaciones con aquel continente? Apoyando igual consideracion Ambrosio de Morales, parafraseó un concepto parecido de Luis del Marmol, en la aprobacion que puso á su *Descripcion de Africa*, diciendo así: «Siendo Africa» una provincia tan vezina de España y tan enemiga, es cosa de gran provecho tenerla particularmente conocida, para la paz y la guerra, pues» con esta noticia la contratacion será más provechosa en la paz, y en la guerra se podrá tratar» con toda aquella ventaja que dá el reconocer la» tierra y sus particularidades.»

No se nos suponga por esto dominados de espíritu emprendedor, partidarios propagandistas de nuevas expediciones ó contiendas en Africa: á la

inversa, por que creemos saber lo que fueron, lo que costaron á España las que sostuvo, y el fruto que sacó de sus establecimientos en aquellas tierras, y por que vemos cuál es su presente estado, distamos muchísimo de acoger semejantes ilusiones. Se necesitarán, segun nuestro humilde juicio, prolongados años de quietud y recogimiento despues de bien afianzada la paz interior; grandes y positivos adelantos en la prosperidad nacional, con aumentos de poblacion y riqueza pública; y alcanzar un estado militar poderoso en su constitucion y sólido por su espíritu, antes que la trabajada Pátria se halle en situacion de pensar en nada útil ó de importancia trascendental fuera de sus actuales límites y dominios. Todo lo que acometiere expontáneamente adelantándose á ese tiempo y sazón, será temeridad ó desacierto; y aunque con buena fortuna lograra alguna gloria y mezquinas ventajas, efímeras resultarán y tal vez perjudiciales, por los sacrificios y desembolsos que cuesten, por los conflictos que promuevan y los compromisos que traigan. En una palabra, opinamos que los españoles están obligados, por ahora al ménos, á tener muy presentes los consejos que en el *Libro Dela Nobleza et Lealtad* se dieron por los doce sábios al Santo Rey D. Fernando III de Castilla en los capítulos que tratan *De como el Rey debe primeramente conquistar lo suyo é asennorearse dello; y de como el Rey debe primeramente catar los fines de sus guerras é ordenar bien sus fechos.*

Eso no obstante, siendo sabido que los acontecimientos y las complicaciones internacionales suelen venir contra la voluntad de los Reyes y de los Gobiernos, arrastrando por consecuencia los Estados á guerras inesperadas, se comprenderá que una obra de esta clase, por escaso que sea su mérito, no se dedique solamente al tiempo en que se escribe, y que aspire á que pueda un día ser de beneficio su consulta. Por el pronto, quizás, despertará en los jóvenes oficiales el deseo de dedicarse á estudios históricos y buscarán para conocerlos al completo los textos de que nos hemos valido; ya con eso se obtendrá un resultado provechoso que supere al de aquel apotegma: *La historia recrea, de cualquier modo que se escriba.*





CAPÍTULO PRIMERO.

GUERRAS DE CARTAGO.

SUMARIO. — Precedentes. — Primera guerra púnica. — Guerra movida por la sublevacion de las tropas mercenarias. — Segunda guerra púnica. — Guerra de Masinisa. — Tercera guerra púnica. — Breves reflexiones.

PRECEDENTES.

DESDE la fundacion de Cartago (de 878 á 860 años antes de J. C.) traspasaron 614 hasta que surgió en la isla de Sicilia la cuestion iniciadora de su primera querrela con Roma.

Muchas contiendas había sostenido con vária fortuna en tan dilatado tiempo; pequeñas y de vecindad con los pueblos limítrofes cuando estaba recién instalada; más formales despues con Cirene, y grande y devastadora por último, á consecuencia del desembarco de Agatocles, que, procedente de Sicilia con un ejército el año 309 antes de nuestra Era, derrotó varias veces á los generales de la República, llegando á ponerla durante tres años al extre-

mo de sucumbir. Y merece recordarse que en esa expedición tuvo lugar el arrogante incendio de las naves que habían trasportado las tropas, cuyo ejemplo imitó heroicamente Hernan-Cortés en el siglo xvi al emprender su admirable conquista de Méjico.

Pero tenemos que prescindir de todas ellas en el cuadro que vamos á ofrecer : están demasiado remotas, y no hay obras bastante circunstanciadas para extraer de sus relatos ejemplos doctrinales : sólo diremos, como importante preliminar, que, á pesar de la funesta guerra de Agatocles y de la ojeriza ó de la poco segura alianza de los pueblos ó Estados Africanos, la habilidad de Cartago en su sistema comercial y colonial, así como la astucia de su política y el talento que demostraron sus mandatarios, llegaron á elevarla hasta ser Señora de gran parte del Mediterráneo y de algunas islas, poseyendo ricas factorías y establecimientos coloniales en las codiciadas zonas de los litorales de Africa y España.

PRIMERA GUERRA PÚNICA.

Ocho años duraba ya la guerra terrestre y marítima entre las dos Repúblicas, cuando la Romana decidió llevarla al mismo continente de Africa para herir en él á su rival; y al efecto, partiendo de Sicilia los cónsules Régulo y Manlio con poderosa escuadra y ejército, despues de la gran victoria de Ecnomo, arribaron por vez primera las legiones á aquella tierra donde tanto debían ilustrarse (256 años antes de J. C.).

Tocaron en el promontorio *Hermee* ó *Hermaeum* (hoy Cabo Bon, ó Ras-Adar) y bordeando la costa fueron á desembarcar junto á *Aspis* (Clypea, hoy Kalibia); hicieron varar las embarcaciones, se atrincheraron inmediata-

mente, y establecido el sitio, aquella plaza capituló en breve.

Asustados los cartagineses desde que supieron la derrota marítima de Ecnomo y el desembarco y sucesiva rendición de Aspis, reconcentraron en la capital las fuerzas de que disponían mientras les llegaban otras de Sicilia y de diferentes partes, dejando entretanto á los invasores libres y tranquilos para hacer todo el daño que quisieron en el territorio comarcano.

Recibidas por estos instrucciones de Roma, regresó á Italia el Cónsul Manlio y quedó Régulo en Africa con solo cuarenta naves á su disposicion y un cuerpo de ejército de 15.000 infantes y 500 caballos; con cuyas tropas, confiado en el abatimiento del enemigo, se decidió á emprender la marcha hácia Cartago, atacando á su paso las poblaciones que no le abrian las puertas. De este modo avanzó hasta la cercanía de *Adis*, plaza de alguna importancia que lo detuvo, la que si bien D'Avezac y algun otro escritor quieren identificar con *Udina*, ciudad arruinada á tres horas de Tunez, parece ya indudable que corresponde á Rhades, y así se marca en el mapa del Africa Romana del Depósito de la Guerra de París.

Entretanto en Cartago, despues de muchas deliberaciones y del nombramiento de tres Jefes superiores para mandar el ejército que habian logrado reunir con las tropas de Africa más 5.000 infantes y 500 caballos que condujo Amilcar desde Sicilia, le hicieron adelantar en socorro de dicha plaza amenazada: y consistiendo en los elefantes y en numerosa caballería los elementos con que más pudieran confiar, porque sus enemigos carecían de aquellos terribles animales y les eran muy inferiores en ginetes, incurrieron en el error de abandonar el terreno llano para situarse en unas alturas escabrosas. Aprovechóse Régulo inmediatamente del desacierto, y dirigiendo parte de sus fuerzas por un rodeo, los atacó al amanecer

por vanguardia y retaguardia, é imposibilitados de emplear la caballería ni los elefantes que quedaron en el campamento, sufren una cruel derrota, pierden el campo, 17.000 prisioneros, 18 elefantes y son perseguidos por los vencedores, que avanzan talando el país hasta *Tunis* (Tunéz) (1), cerca de la capital, desde donde la intimaron una paz de condiciones tan duras que le fué imposible al Senado aceptarla, no obstante el estado angustioso en que se hallaba.

Llegó entonces con algunas tropas enganchadas en Grecia el Lacedemonio Xantipo, militar muy experimentado; y así que se informó de lo acontecido y supo los recursos que habia en caballería y elefantes, manifestó que el descalabro se debió solo á las faltas cometidas, demostrando con tal evidencia ante el Senado que lejos de ser batidos ellos seríanlo los romanos, si se guiaba el ejército sin abandonar la llanura, que persuadido aquél de sus razones le fué entregado el mando.

Dedicóse primero activamente á dar instruccion y á restablecer la moral del soldado, y al cabo de pocas semanas se creyó en disposicion de emprender la marcha con unos 12.000 infantes, 4.000 caballos y 100 elefantes (2).

Al acercarse al campo romano de Tunez estableció la infantería en una línea de 16 hombres de fondo, segun la táctica de la falange: la caballería en ambos costados, y los elefantes al frente en otra línea bastante avanzada.

(1) La circunstancia de conservarse casi idéntico este nombre nos induce á usar siempre el moderno en adelante.

(2) Es inútil explicar el empleo de los elefantes en la guerra, bastando saber que llevaban unas torrecillas guarnecidas de flecheros y que por lo regular se establecian en primera linea. Debe, sin embargo, recomendarse sobre esto el libro francés del general Armandi titulado *Histoire Militaire des Elefants*, así como el que sobre igual asunto se publicó en París en 1650 por Mr. Salomon de Priezac.

Tampoco nos corresponde entrar en ningun detalle de organizacion y táctica de las falanges y legiones, que nuestros lectores deben todos conocer, siendo muchos los escritores modernos que han tratado y comentado la materia con grande ilustracion.

Régulo, por su parte, para abrir paso á esos colosales enemigos, despues de colocar delante su infantería ligera, hizo que en las legiones doblasen los manípulos unos detrás de otros; con lo que, si bien interrumpió la continuidad de la línea de batalla á fin de recibir menor daño de los elefantes, aumentó considerablemente el fondo, ofreciendo ventaja á sus contrarios para atacarle por los flancos y retaguardia con la caballería, como en efecto se verificó; y siendo escasa la de los romanos para rechazarla, fué arrollada y resultó la completa destruccion del ejército, pues solo se salvaron unos 2.000 hombres que habian logrado atravesar el ala derecha de los cartagineses y pudieron refugiarse en Adis. El procónsul M. Atilio Régulo quedó prisionero con otros 500, y todos los demás perecieron; mientras los vencedores no experimentaron más pérdida que 800 infantes de las tropas asalariadas que ocupaban dicha ala derecha, atropellada por la izquierda romana al principio de la batalla.

Segun la sensata crítica de Guischartt en su obra *Memoires militaires sur les Grecs et les Romains* sobre la version francesa de Polibio por Thuillier hecha bajo direccion del caballero de Folard, formó Xantipo para esta batalla unos 8 ó 9.000 hombres en la falange: á más distancia que de ordinario estableció al frente los elefantes muy unidos: la infantería auxiliar ó asalariada á los flancos de la falange, y la caballería, que constaba de 4.000 ginetes, sobre las alas y casi á la altura de la línea de elefantes, colocando detrás de ella algunos grupos de infantes auxiliares. Régulo tenia tres legiones que calcula harian 15.000 hombres, y aguardó el ataque en el orden de formacion que habia adoptado, y como los elefantes se cerraron en su avance por el centro, quedaron al descubierto los asalariados cartagineses del ala derecha y por allí penetraron dos ó tres columnas de la izquierda romana; mas los elefantes, arrollando primero á los vélites, llevaron la con-

fusion y luego el estrago á toda la infantería. La caballería cartaginesa puso en huida á la inferior contraria, y revolviendo sobre las legiones completó la derrota.

Demuestra este ligero extracto lo acertados que al principio estuvieron los romanos, y lo tímidos, irresolutos y torpes que se manifestaron los cartagineses hasta la llegada del extranjero que les dió la victoria. Aunque vencedores en Ecnomo los primeros, obraron con prudencia al llevar un considerable armamento y al elegir para desembarco á Aspis, punto separado bastante de la capital, donde no era de esperar gran resistencia para poder establecer base segura á las operaciones de la campaña. Viendo despues que no eran hostilizados, sabedores del estado y fuerzas con que contaba Cartago, y probablemente enterados del espíritu de los habitantes, creyeron suficiente un corto ejército y siguieron la marcha sobre Adis, que por su situacion en la costa, muy cerca ya del objetivo principal, era preferible para servirles de apoyo en los movimientos ulteriores y decisivos.

Parece inconcebible en los cartagineses que desde el desembarco no procurasen molestar á los invasores siendo dueños del país, con plazas fuertes y una numerosa caballería; pero es aún ménos disculpable que, dominados de excesivo temor, fuesen luego á establecerse frente á los enemigos en un terreno y posicion que neutralizaba sus elementos propios de accion. La habilidad y arrojo de Régulo al atacarlos inmediatamente, fueron coronados de merecido éxito; mas esta misma circunstancia agrava su falta en la segunda batalla, porque viendo en la disposicion y orden en que venía el ejército contrario, debió prescindir de arrogancia y buscar en el terreno algunas posiciones que compensasen su inferioridad en los medios de resistir; siendo tambien motivos de prudencia la consideracion de que su campo se hallaba separado de Adis y que tenía el mar de por medio para esperar auxilios de Roma.

Hé aquí el juicio y cuerda reflexion de Polibio acerca de esto:

«La desdicha que acaba de suceder á Régulo es una evidencia de que, aun en las prosperidades, debemos desconfiar de la fortuna. El que poco antes no daba lugar á la conmiseracion, ni cuartel al vencido, se vé hoy reducido á suplicar á este mismo por su propia vida. Parece que lo que en otro tiempo dijo tan al caso Eurípides, *que un buen consejo vale más que muchas manos* (1), lo está ahora comprobando la misma experiencia. Un solo hombre, un solo consejo derrota ejércitos al parecer invencibles y disciplinados; al paso que restablece una república que visiblemente se iba á arruinar de todo punto, y recobra los espíritus abatidos de sus tropas. He hecho mencion de estos avisos, para correccion de los que lean estos comentarios. Pues siendo dos los caminos que tienen de enmendar sus defectos los mortales, el de sus propias infelicidades ó el de las ajenas, aquel que nos conduce por nuestros domésticos infortunios, es sin duda más eficaz; pero más seguro el que nos guía por los ajenos. Por lo cual de ningun modo debemos elegir voluntariamente el primero, porque nos adquiere la correccion á costa de muchas penas y trabajos; pero del segundo lo debemos andar siempre buscando, porque sin riesgo alguno nos hace ver lo mejor. A vista de esto, debemos estar persuadidos, que *el mejor estudio para morigerar las costumbres es el que se hace en la escuela de una fiel y exacta historia. Porque solo ella en todo tiempo y ocasion nos provee sin peligro de saludables avisos para lo mejor.*»

Hemos utilizado para este párrafo (como lo haremos en los demás sucesivos que se intercalarán del mismo autor) la version castellana de D. Antonio Rui Bamba, impresa en Madrid en 1799 con el título de *Historia de Polibio Mega-*

(1) En la Sagrada Escritura se encuentra mejor expresada esta misma sentencia: *Melior est sapientia quam arma bellica*, Ecles, IX. 18.

lopolitano. La creemos concienzuda, pero se debe deplorar no se asesorase el traductor de algun militar ilustrado para valerse de términos más adecuados en muchas ocasiones y para expresar el sentido de frases y oraciones enteras; pues una obra donde la guerra es el asunto principal, exigía conocimientos y erudicion técnica. Otra traduccion castellana se encuentra entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid (X. 114) hecha por Pedro Cándido, de estos comentarios de la primera guerra púnica, pero no la hemos consultado. Y entre las versiones extranjeras se recomienda la francesa del benedictino Dom Thuilier, aunque adolece algo de la preocupacion que dominaba á Folard, bajo cuya direccion se hizo, de atribuirlo todo á las excelencias de la táctica romana. La más moderna de Nisard, en la coleccion de clásicos publicada en París, pasa como perfecta.

Fué Polibio discípulo de Philopomeno, uno de los mejores capitanes griegos de su siglo, y luego maestro y preceptor de Escipion Emiliano; le acompañó en Cartagena, en el gran sitio de Cartago y en el no ménos famoso de Numancia, sobre el cual escribió un libro que desgraciadamente se perdió para la historia: fácil será por tales antecedentes comprender la importancia de su obra y el justo nombre que goza.

GUERRA MOVIDA POR LA SUBLEVACION DE LAS TROPAS MERCENARIAS.

Apenas se veía libre la República Cartaginesa de esa prolongada lucha de veintitres años, cuando empezó otra interior (240 antes de J. C.) que por espacio de cerca de tres y medio más, la puso al borde de su perdicion; guerra sangrienta, llena de peripecias, que tiene alguna analogía con la que en nuestro tiempo tuvo que sofocar la

Inglaterra en su Imperio de la India motivada por la insurreccion de las tropas de Cipayos.

Componíase el ejército de Cartago, en su mayor parte, de galos, españoles, baleares, ligúros, griegos y númidas, que tomaba *asalariados* á su servicio en todos los países. Enviados á Africa los que tanto pelearon en Sicilia, y excaso el Gobierno de recursos para satisfacerles cuanto les debía, nacieron dificultades y sérios conflictos que, complicados por la diferencia de idiomas y costumbres, y agravados con la indisciplina que produjo el ócio entre la soldadesca, dió lugar á que se formalizase una tremenda sublevacion, sobre la cual dice Polibio:

«Para lo que es precaver con facilidad una conspiracion y mantener al soldado subordinado á sus jefes, usaban (en Cartago) de una buena política en formar sus ejércitos de diferentes naciones ; pero para lo que es instruir, *mitigar* y corregir á los que una vez errados se han dejado llevar de la ira, el ódio ó la sedicion, era diametralmente contrario su sistema. Semejantes ejércitos, si la ira ó el ódio los arrebató, no solo cometen excesos como el comun de los hombres, sino que se encruelecen á manera de fieras, y conciben las mayores inhumanidades.

Congregados en *Sicca* (hoy Kéf) los mercenarios (dice en otro lugar), y lograda la quietud y ócio que tanto tiempo habia apetećian, el mayor inconveniente para tropas extranjeras y el origen, por decirlo así, y única causa de las sediciones, vivian licenciosamente.....»

Ascendían los sublevados á más de 20.000 hombres, y hasta 70.000 los africanos que se les unieron conducidos por algunos jefes á quienes arrastraron á tomar parte en el tumulto; y con tales fuerzas se dirigieron á sitiar á *Útica* y á *Hipona-Diarrhite* (Bizerta), estableciendo el núcleo principal junto á Tunez en amenaza de la capital,